



DR. ANASTASIO ITURRALDE.

VERACRUZ.—VERACRUZ.



---

DR. ANASTASIO ITURRALDE Y LARA.

---

**V**AMOS á presentar á nuestros lectores á un facultativo que por el estudio constante ha llegado á formar inmensa clientela y por las cualidades personales que le distinguen se ha hecho acreedor á las consideraciones de la sociedad en que vive, impartiendo los auxilios de la ciencia médica que es, según la expresión de un poeta, *la infalible esperanza de los desgraciados.*

Pero antes de entrar de lleno á dar á conocer los rasgos biográficos de la personalidad á que nos referimos, séanos permitido tratar un asunto que corresponde á la Medicina, tan importante á la humanidad, como lo es la propia conservación del individuo y la de la especie en general.

Digamos algo sobre Oftalmología.

Tan diversas y ramificadas son las partes de la Anatomía, que verdaderamente para seguir con método siquiera sea un somero estudio de esta ciencia tan importante, necesitaríase un cúmulo mayor de



atención y observaciones del que podemos consagrar á estos ligeros apuntes. Nos es dado, sin embargo, citar algunos puntos de la Anatomía que se relacionen directamente con la índole y el objeto de nuestra humilde obra.

El estudio de la Oftalmología debía preocupar y preocupa indudablemente á muchos y muy ilustres sabios facultativos de las naciones de Europa y América, porque la Oftalmología se consagra nada menos que al estudio de los ojos y de sus funciones en el organismo humano, escudriña las leyes de la óptica que obran directamente con el órgano visual y analiza la influencia del mundo exterior sobre el ojo humano, tratando, por último, de todas y cada una de las enfermedades y dolencias que afectan á tan admirables é inapreciables prendas de la persona.

Para formarse un concepto aproximadamente justo de la importancia de la Oftalmología, nos bastarán algunas observaciones.

El hombre, esa criatura la más perfecta que ha producido la voluntad suprema del Creador, brota á la lucha de la vida armado con los elementos invencibles de la inteligencia, de la destreza, de la fuerza física y de la previsión. Si el hombre sano y robusto, el hombre primitivo de la edad de piedra que vivía en las agrestes montañas alimentándose de raíces y plantas, cuando la civilización que hoy conocemos no daba siquiera indicios de su nacimiento, hubiera carecido de ese don sublime que se llama la vista, no cabe duda que el progreso de las socieda-

des hubiera naufragado en el piélago de la más remota obscuridad y que nuestro planeta sería un enigma en el Universo, iríamos navegando en el espacio como ese pálido satélite que se llama la Luna, ostentando en el espacio una belleza muda y fría, sin movimiento ni expresión, como las estatuas de mármol del Museo Británico, ó como la Venus de Milo; como Galatea, necesitaríamos un nuevo Pígalión que nos animara con el fuego de su inspiración y diera á la humanidad vida, movimiento y la impulsara á las grandiosas conquistas de lo bueno, de lo sublime, de lo admirable y de lo glorioso.

El mundo, nos dicen los geólogos, no era antes de la creación sino una nebulosa que se animó por el calórico y que en virtud de su transformación, brotó espontáneamente la vida en miles de maravillosas manifestaciones.

Sin entrar de lleno á la discusión difícil sobre el origen del hombre y de la vida, sí diremos, para no apartarnos del objeto de nuestra digresión, que en todos los cuerpos orgánicos animales, el don de la vista fué el más precioso é inestimable que pudo concederle la voluntad suprema de un Sér infinitamente sabio y superior ó el fenómeno científico en que se apoyan los naturalistas y los materialistas.

El don precioso de la vista ha sido, es y será en todo tiempo, el elemento indispensable para la vida del hombre. El ciego, el que está privado de la observación del mundo que le rodea, no puede jamás dedicar su atención á trabajos de utilidad práctica



para sus semejantes, y por eso vemos que desde Homero hasta nuestros días, el instinto de los ciegos ha sido cultivar el divino arte de la música, ese consuelo supremo é inefable del que vegeta en el mundo de la obscuridad eterna.

Los progresos de las ciencias y de las artes, y de las letras y de todo lo que hoy constituye la cultura de las naciones, débense en su mayor parte á que los sabios y los literatos gozaron del don de la vista, los primeros para observar los fenómenos de la naturaleza y deducir de ellos leyes científicas, y los otros para establecer principios sociales y observar costumbres y, escribir, en fin, la historia del género humano, de cuyo estudio ha nacido la ciencia moderna de la política.

Los filósofos de la antigüedad, tanto en Grecia como en Roma, no hubieran podido legarnos sus doctrinas admirables sin la observación que pudieron hacer, por medio de la vista, de las costumbres de sus tiempos.

Solón y Licurgo, Aristóteles y Platón, Cicerón y Séneca, Herodoto, Homero, Hipócrates y Galeno, y tantos otros hombres sabios de la más remota antigüedad, no hubieran sido otra cosa que unos seres oscuros, arrastrando una existencia miserable, como Belisario, si se hubiera apagado en sus ojos, antes de tiempo, la chispa divina de la luz.

El progreso de las ciencias exactas se debe especialmente á las observaciones de los sabios; la Astronomía, por ejemplo, la Botánica en el ramo de las

ciencias naturales, la Fisiología, la Anatomía y otras muchas, no hubieran llegado al estado de perfección en que hoy las estudiamos, si los primeros que las cultivaron no hubieran gozado de su vista clara y penetrante.

Los astros que descubrieron los astrónomos alemanes, los seres infinitamente pequeños, que viven en la materia, y los secretos más íntimos de la Naturaleza, estarían hoy tan ocultos como en los primeros días, si los hombres que nos los dieron á conocer hubieran carecido de su vista.

Hemos hecho las anteriores reflexiones para demostrar la importancia de la Oftalmología, ciencia médica muy cultivada en Europa y que ha merecido la atención, en nuestro país, de los facultativos más notables que ha producido nuestra Escuela de Medicina.

Las enfermedades de los ojos son, sin disputa, una de las dolencias más lamentables que pueden afligir á la humanidad en general. De nada podrán servir las seducciones del mundo y el esplendor de las riquezas, las suntuosidades del poder y las glorias del triunfo en los campos de batalla, si los ojos no pueden contemplar todas estas bellezas de la vida.

La ceguera es el caos más horroroso y lleno de tinieblas que la imaginación puede concebir; hay un horror instintivo por ese mundo poblado de sombras eternas. Se siente la vida, la luz, el calor, el movimiento en torno de sí, y el ciego navega entre ese mar bullicioso del mundo sin que una luz lo guíe, sin